

GIULIANO DA EMPOLI

El mago del Kremlin



Giuliano da Empoli

El mago del Kremlin

Traducción del francés por Adolfo García Ortega



Seix Barral

1

Mucho tiempo después se dijeron de él las cosas más diversas. Había quien afirmaba que se había retirado a un monasterio del monte Athos para rezar entre piedras y lagartijas, otros juraban haberlo visto en una villa de Sotogrande mezclado con una multitud de modelos cocainómanos. Otros se empeñaban en sostener que habían encontrado su rastro en la pista del aeropuerto de Sarja, en el cuartel general de las milicias del Dombás o entre las ruinas de Mogadiscio.

Desde que Vadim Baranov había dimitido de su puesto de consejero del Zar, las historias sobre él, lejos de extinguirse, se habían multiplicado. Es algo que sucede a veces. La mayoría de los poderosos extraen su aura de la posición que ocupan. A partir del momento en que la pierden, es como si los hubieran desenchufado de la corriente. Se desinflan como esos muñecos que hay en la entra-

da de los parques de atracciones. Nos cruzamos con ellos por la calle y no logramos comprender cómo tipos así pudieron suscitar tantas pasiones.

Baranov pertenecía a una raza diferente. Aunque, en realidad, yo no sabría decir a cuál. Las fotos presentaban la imagen de un hombre fuerte, pero no atlético, casi siempre vestido con colores oscuros y ropa más bien demasiado ancha. Tenía un rostro anodino, quizá un poco infantil, de tez pálida, cabello negro, muy lacio, y un peinado de primera comunión. En un vídeo, rodado en el contexto de un encuentro oficial, se lo veía reír, algo muy raro en Rusia, donde una simple sonrisa es considerada como una señal de idiotez. En realidad, daba la impresión de no preocuparse en absoluto de su apariencia, lo que no dejaba de ser algo curioso si tenemos en cuenta que su oficio consistía precisamente en disponer espejos en círculo para transformar una chispa en un encantamiento.

Baranov avanzaba por la vida rodeado de enigmas. Lo único más o menos cierto era su influencia en el Zar. Durante los quince años en que había estado a su servicio, había contribuido de manera decisiva a la construcción de su poder.

Lo llamaban el «mago del Kremlin», el «nuevo Rasputín». En aquella época no tenía un papel bien definido. Aparecía por la oficina del presidente cuando ya se habían despachado los asuntos ordinarios. No eran las secretarías quienes lo ha-

bían avisado. Tal vez el Zar lo llamaba personalmente por su línea directa. O bien él mismo adivinaba el momento exacto gracias a sus prodigiosas cualidades, de las que todo el mundo hablaba sin que nadie fuera capaz de decir con precisión en qué consistían. A veces alguien se les unía. Un ministro de moda o el dueño de alguna empresa estatal. Pero dado que en Moscú, por principio y desde hace siglos, nadie dice nunca nada, incluso la presencia de esos testigos ocasionales no llegaba a aclarar las actividades nocturnas del Zar y de su consejero. Sin embargo, lo más factible era que se supieran sus consecuencias. Así, una mañana Rusia se había despertado con la noticia del arresto del hombre de negocios más rico y más conocido del país, el mismísimo símbolo del nuevo sistema capitalista. En otra ocasión, todos los presidentes de las repúblicas de la Federación, elegidos por el pueblo, fueron cesados de repente. En adelante, sería el Zar y solo él quien los nombrara, según anunciaron los primeros informativos de la mañana a los ciudadanos aún medio dormidos. Pero, en la mayoría de los casos, los frutos de aquellos insomnios permanecían invisibles. Y hasta unos años más tarde no se notaban los cambios, que aparecían entonces como completamente naturales, aunque fuesen en realidad el resultado de una planificación meticulosa.

En aquella época, Baranov era muy discreto, no se lo veía en ninguna parte y la idea de conce-

der una entrevista ni se le pasaba por la cabeza. Tenía, eso sí, una singularidad: de cuando en cuando, escribía, ya fuera un pequeño ensayo que publicaba en una oscura revista independiente, ya fuera un estudio de estrategia militar destinado a las altas reuniones del ejército, otras veces incluso un relato en el que daba muestras de una inspiración paradójica en la mejor tradición rusa. Jamás firmaba esos textos con su nombre, pero los sembraba de alusiones en clave que servían para interpretar el nuevo mundo originado en los insomnios del Kremlin. En todo caso, eso era lo que creían los cortesanos moscovitas y las cancillerías extranjeras que rivalizaban por ser los primeros en descifrar las oscuras palabras de Baranov.

El seudónimo tras el cual se ocultaba en esas ocasiones, Nicolás Brandeis, añadía un elemento de confusión ulterior. Los más aplicados habían reconocido bajo ese nombre a un personaje menor de una novela secundaria de Joseph Roth. Un tártaro, especie de *deus ex machina* que hacía su aparición en los momentos decisivos de la narración para desaparecer de inmediato. «No hace falta ningún vigor para conquistar algo, lo que sea —decía él—, ya que todo está podrido y se deja someter; lo que importa es saber soltar, saber dejar ir.» Así, igual que los personajes de la novela de Roth se interrogaban sobre las acciones del tártaro cuya asombrosa indiferencia era la garantía de cualquier éxito, también los jerarcas del Kremlin y los

que los rodeaban iban a la caza del menor indicio susceptible de revelar el pensamiento de Baranov y, por medio de este, las intenciones del Zar. Una misión tanto más desesperante cuanto que el mago del Kremlin estaba convencido de que el plagio era la base del progreso, razón por la cual era incomprendible hasta qué punto expresaba sus propias ideas o imitaba las de otro.

La apoteosis de este equívoco se produjo una noche de invierno, cuando la masa compacta de las berlinas del aparato, con su cortejo de sirenas y de escoltas, desembarcó en el pequeño teatro de vanguardia donde se representaba una pieza de un solo acto cuyo autor se llamaba Nicolás Brandeis. Se vio entonces a banqueros, a magnates del petróleo, a ministros y a generales del FSB, el antiguo KGB, hacer cola, con sus amantes cubiertas de zafiros y rubíes, para sentarse en las butacas desfondadas de una sala, de cuya existencia ni siquiera sospechaban, y asistir a un espectáculo que, de principio a fin, se burlaba de los hábitos y pretensiones culturales de los banqueros, los magnates del petróleo, los ministros y los generales del FSB. «En un país civilizado podría estallar una guerra civil —afirmaba en cierto momento el héroe de la obra—, pero no aquí, entre nosotros, porque aquí no hay ciudadanos, tan solo sería una guerra entre lacayos. Lo cual no es peor que una guerra civil, aunque sí un poco más repugnante y más miserable.» Aquella noche no se vio a Baranov en la sala,

pero, por prudencia, los banqueros y los ministros aplaudieron a rabiar; algunos afirmaban que el autor observaba el patio de butacas a través de un minúsculo ojo de buey situado a la derecha del palco.

Sin embargo, estas distracciones un poco pueriles no lograban disipar el descontento de Baranov. A partir de un momento dado, el reducido número de personas que tenía ocasión de encontrarse con él empezó a atribuirle un carácter cada vez más sombrío. Decían que estaba inquieto, fatigado. Que estaba pensando en otra cosa. Había despuntado demasiado pronto y ahora se aburría. De él mismo, sobre todo. Y del Zar. El cual, en cambio, no se aburría nunca. Y se daba cuenta. Y empezaba a odiarlo. ¿Cómo? ¿Te he traído hasta aquí y tienes la desfachatez de aburrirte? No hay que desestimar nunca la naturaleza sentimental de las relaciones políticas.

Hasta que un día Baranov desapareció. Una breve nota del Kremlin anunció la dimisión del consejero político del presidente de la Federación Rusa. Se perdió entonces todo rastro de él, salvo esas apariciones periódicas por el mundo que nadie había llegado a confirmar.

Cuando llegué a Moscú unos años más tarde, el recuerdo de Baranov, como una sombra vaga que, emancipada de un cuerpo por lo demás considerable, era libre de manifestarse a su antojo,

planeaba cada vez que parecía útil evocarlo para ilustrar cualquier medida particularmente oscura del Kremlin. Y, dado que Moscú —indescifrable capital de una nueva época de la que nadie lograba definir los contornos— se había encontrado, de manera inesperada, en el primer plano de la escena, el antiguo mago del Kremlin tenía sus exégetas, incluso entre nosotros, los extranjeros. Un periodista de la BBC había rodado un documental en el que atribuía a Baranov la responsabilidad de importar a la política ciertos artificios del teatro de vanguardia. Uno de sus colegas había escrito un libro en el que lo describía como una especie de prestidigitador que hacía aparecer y desaparecer a personajes y partidos con un simple chasquido de dedos. Un profesor le había consagrado una monografía: «Vadim Baranov y la invención de la *Fake Democracy*». Todo el mundo se preguntaba sobre sus actividades más recientes. ¿Seguía ejerciendo una influencia sobre el Zar? ¿Qué papel había desempeñado en la guerra contra Ucrania? ¿Y cuál había sido su contribución a la elaboración de la estrategia de propaganda que había producido unos efectos tan extraordinarios sobre los equilibrios geopolíticos del planeta?

Personalmente, yo seguía todas esas elucubraciones con una cierta indiferencia. Los vivos siempre me han interesado menos que los muertos. Me sentía perdido en el mundo hasta que descubrí que podía pasar la mayor parte de mi tiempo en su

compañía, en lugar de hastiarme con mis contemporáneos. Esto se debe a que, en esa época, en Moscú, como en cualquier otro lugar, yo frecuentaba sobre todo las bibliotecas y los archivos, algunos restaurantes y un café donde los camareros se fueron habituando poco a poco a mi presencia solitaria. Hojeaba viejos libros, paseaba bajo la pálida luz del invierno y revivía al cabo de cada tarde entre los vapores de los baños de la calle Seleznevskaya. Luego, por la noche, un pequeño bar de Kitai-Gorod cerraba generosamente para mí las puertas del descanso y del olvido. A mi lado, casi por todas partes, caminaba un magnífico fantasma en el que había reconocido a un aliado potencial para algunos razonamientos a los que solía entregarme.

Por lo visto, Yevgueni Zamiatin era un autor de principios del siglo xx, nacido en un pueblo de gitanos y ladrones de caballos, detenido y enviado al exilio por las autoridades zaristas por haber tomado parte en la revolución de 1905. Escritor apreciado por sus relatos, también había sido ingeniero naval en Inglaterra, donde había construido unos rompehielos. De regreso en Rusia, en 1918, para participar en la revolución bolchevique, Zamiatin había comprendido rápidamente que el paraíso de la clase obrera no estaba en el orden del día. Entonces se puso a escribir una novela: *Nosotros*. Y se produjo uno de esos fenómenos increíbles que nos hacen comprender de qué hablan los

físicos cuando evocan la hipótesis de la existencia simultánea de universos paralelos.

En 1922, Zamiatin dejó de ser un simple escritor y se convirtió en una máquina del tiempo porque creía estar escribiendo una crítica feroz del sistema soviético en construcción. Así fue como la leyeron también sus censores y por esa razón prohibieron su publicación. Pero la verdad es que Zamiatin no se dirigía a ellos. Sin darse cuenta, se había saltado un siglo para dirigirse directamente a nuestra era. *Nosotros* describía una sociedad gobernada por la lógica, en la que cada cosa se convertía en cifras y la vida de cada individuo se reglaba hasta en los menores detalles para garantizar su máximo rendimiento. Una dictadura implacable pero cómoda que permitía a cualquiera producir tres sonatas musicales en una hora pulsando simplemente un botón, y en la que las relaciones sexuales estaban reguladas por un mecanismo automático que determinaba las parejas más compatibles y permitía su acoplamiento mutuo. Todo era transparente en el mundo de Zamiatin, hasta en la calle, donde una especie de gigantesco tímpano decorado como una obra de arte registraba las conversaciones de los peatones. Asimismo, es evidente que en semejante lugar el voto también debía ser público: «Se dice que los ancianos votaban a hurtadillas, deprisa y corriendo, como ladrones —declara en un momento dado el personaje principal, D-503—. A qué venía todo ese

misterio, nunca se ha aclarado exactamente (...). Nosotros no ocultamos nada, no nos avergonzamos de nada: celebramos las elecciones abiertamente, honestamente, a la vista de todos. Yo veo a todo el mundo votar por el Benefactor; todo el mundo me ve votar a mí por el Benefactor».

Desde que lo descubrí, Zamiatin se convirtió en mi obsesión. Me parecía ver en su obra una concentración de todas las cuestiones de nuestra época. *Nosotros* no describía solo la Unión Soviética, contaba sobre todo el mundo liso, sin asperezas, de los algoritmos, la matriz global en construcción y, frente a ella, la irremediable insuficiencia de nuestros cerebros primitivos. Zamiatin era un oráculo, no se dirigía únicamente a Stalin: señalaba a todos los dictadores venideros, de los oligarcas de Silicon Valley a los mandarines del partido único chino. Su libro era el arma definitiva contra el hormiguero digital que empezaba a extenderse por el planeta y mi deber consistía en desenterrarlo y encauzarlo en la buena dirección. El verdadero problema estribaba en que los medios a mi alcance no estaban precisamente en condiciones de hacer tambalearse a Mark Zuckerberg ni a Xi Jinping. Con el pretexto de que Zamiatin, después de haber escapado de Stalin, había terminado sus días en París, logré convencer a mi universidad para que financiara mis estudios sobre él. Una editorial había manifestado un vago interés en el proyecto de una reedición de *Nosotros*

y un amigo productor de documentales no se había mostrado contrario a la idea de hacer algo al respecto. «Trata de encontrar material mientras estés en Moscú», me había dicho, sorbiendo un negroni en un bar del IX distrito.

Sin embargo, desde mi llegada a Moscú, me distrajo de mi misión el descubrimiento de que esa ciudad despiadada era capaz de causar delicados hechizos como los que experimentaba a diario al aventurarme por las callejuelas heladas de Petrovka y de Arbat. La morosidad emanada de las impenetrables fachadas estalinianas se difuminaba en los pálidos reflejos de las antiguas viviendas de boyardos y en la nieve misma, convertida en barro por las ruedas de la interminable procesión de berlinas negras, que recuperaba de nuevo su pureza en los patios y los jardincillos escondidos, donde se oía el murmullo de historias de un tiempo pasado.

Todas esas temporalidades, los años veinte de Zamiatin y el futuro distópico de *Nosotros*, las cicatrices de Stalin grabadas en la ciudad y las huellas más amables del Moscú prerrevolucionario, se cruzaban en mí, produciendo el desajuste que constituía entonces mi condición de vida normal. Sin embargo, no estaba desenganchado del todo de lo que ocurría a mi alrededor. En aquella época había dejado de leer los periódicos, pero las redes sociales satisfacían de sobra mis limitadas necesidades de información.

Entre los perfiles rusos que yo seguía, estaba, de modo destacado, el de un tal Nicolás Brandeis. Se trataba probablemente de un estudiante apalancado en su cuarto en Kazán y no del mago del Kremlin, pero ante la duda yo le leía todo. Nadie sabe nada en Rusia, hay que aceptarlo o largarse. No es que fuera gran cosa, porque Brandeis solo publicaba una frase cada diez o quince días, nunca comentaba la actualidad, entremetía algunos fragmentos literarios, citaba estrofas de canciones o hacía referencia a *The Paris Review*, lo que contribuía a reforzar la tesis del estudiante de Kazán.

«Todo está permitido en el Paraíso, salvo la curiosidad.»

«Si tu amigo muere, no lo entierres. Quédate un poco al margen y aguarda. Llegarán los buitres y harás un montón de nuevos amigos.»

«No hay nada más triste en el mundo que ver cómo una familia sana y fuerte es despedazada por una estúpida nimiedad. Por ejemplo, por una manada de lobos.»

El joven en cuestión tenía un estado de ánimo un tanto sombrío, pero encajaba con el carácter local.

Una noche, en vez de dirigirme a mi bar habitual, me quedé leyendo en casa. Había alquilado dos habitaciones en el último piso de un bonito edificio de los años cincuenta, construido por prisioneros de guerra alemanes, una especie de signo de distinción: poder y confort burgueses, asenta-

dos, como siempre aquí, sobre una buena base de opresión. Por la ventana, los destellos anaranjados de la ciudad se veían amortiguados por los picotazos nerviosos de la nieve al caer. En el apartamento reinaba el ambiente de improvisación que tengo tendencia a reproducir allí donde voy: pilas de libros, cajas de cartón de comida rápida y botellas de vino medio vacías. La voz de Marlene Dietrich daba un toque decadente a la atmósfera, aumentando el sentimiento de extrañeza que constituía, en aquel entonces, la fuente principal de mis placeres.

Había abandonado a Zamiatin por un relato de Nabokov, pero me dormía lentamente, como de costumbre: el huésped del Montreux Palace siempre ha sido demasiado refinado para mi gusto. Sin darme cuenta, cada dos minutos mi mirada se apartaba del libro en busca de algún alivio y caía de forma inevitable sobre la tableta maléfica. Y allí, perdida entre las indignaciones del momento y las fotos de koalas, apareció de repente esta frase: «Entre nuestros muros transparentes cual tejido de aire brillante, vivimos a la vista de todos, siempre inundados de luz. No tenemos nada que ocultarnos los unos a los otros». Zamiatin. Verlo surgir entre las noticias de actualidad me produjo el efecto de un martillazo. Casi automáticamente agregué al tuit de Brandeis la frase siguiente, sacada de *Nosotros*: «Además, eso aligera el trabajo noble y penoso de los Guardianes. Sin ellos, quién sabe lo que podría suceder».

Luego lancé la tableta lejos de mí en la habitación para obligarme a continuar la lectura del libro. Como venganza, al día siguiente por la mañana, mientras la recuperaba de entre unos cojines, el objeto infernal me indicó la recepción de un nuevo mensaje. «No sabía que en Francia se siguiera leyendo aún a Z.» Brandeis me había escrito a las tres de la madrugada. Contesté sin pensarlo: «Z es el rey secreto de nuestra época». Una pregunta apareció a renglón seguido: «¿Cuánto tiempo se quedará usted en Moscú?».

Breve momento de duda: ¿cómo conocía ese joven estudiante mis viajes? Luego caí en la cuenta de que se podía deducir que yo estaba aquí por algunos de mis tuits de las últimas semanas, bastaba con leer un poco entre líneas. Respondí que aún no lo sabía con exactitud, luego salí por la ciudad helada a proseguir con los rituales cotidianos de mi solitaria existencia. A mi vuelta, un nuevo mensaje me esperaba. «Si sigue estando interesado en Z, tengo algo que enseñarle.»

¿Por qué no? No tenía nada que perder. En el peor de los casos, conocería a un estudiante apasionado por la literatura. Un poco lúgubre a veces, pero ese no es problema que, por norma general, unos cuantos vasos de vodka no consigan aliviar.